

Un hombre de teatro

Dentro de las desgracias de las últimas semanas, entre aluviones, huracanes, barro y nieve se produjo un gran acontecimiento. El nuevo Premio Nacional de Artes de la Representación recayó en Fernando González. Una noticia que para los amantes del teatro y del medio fue recibida con mucha alegría. Nadie dudaba que Fernando, al igual que los otros nombres que integraban el listado de los postulantes, lo merecía de sobra.

Tal como se escribió en todos los periódicos, su trayectoria es ejemplar, con respecto al aporte y a la contribución que ha hecho al medio teatral. Es por ello, que quisiera hacerle un reconocimiento desde lo personal por lo que ha significado para mí como creador y gestor. Fernando ha estado involucrado en tres períodos muy distintos de mi vida profesional, y en cada de ellos ha sido un gran consejero.

Durante mis años de teatro en la Universidad de Chile, Fernando fue y sigue siendo reconocido como uno de los últimos grandes maestros. Maestro en toda la amplitud de la palabra. Maestro, desde lo pedagógico, es decir, una persona que además de entregar herramientas para el desarrollo de un actor, entrega metodología y disciplina. Un profesor que habla del talento, pero que reafirma el concepto de esfuerzo, trabajo y superación. Siempre sostuvo que el talento sin trabajo no sirve para nada, que el trabajo del Teatro es y siempre será colectivo. Maestro también, por la cantidad de experiencias acumuladas a lo largo de sus años de oficio, las cuales traspasó a partir de anécdotas y de pequeñas historias acerca del teatro chileno de los últimos cincuenta años. Maestro finalmente, por el respeto que le tienen todos los alumnos que han pasado por sus clases, con su característico temperamento y su imperiosa necesidad de perfección.

Un par de años más tarde, nos volvimos a encontrar. Desde su cargo de director del Teatro Nacional Chileno me invitó a participar como gestor, relacionador público y encargado de prensa. Yo venía llegando de Francia con mi título de gestor cultural, cuando Fernando me permitió intentar contribuir

desde mi óptica al gran proyecto en que estaba embarcado y que constituía la prolongación de una idea iniciada por otro gran prócer del teatro chileno: el desaparecido Sergio Aguirre. Debo decir que fue una época estimulante, llena de satisfacciones, con un valioso equipo de trabajo, no exenta de problemas. Es más, la siempre difícil situación económica del teatro nos obligaba a buscar formas ingeniosas de suplir las falencias. Sin embargo, ese año que trabajé junto a él, se lograron montar tres obras excepcionales: “La Zapatera Prodigiosa” de Federico García Lorca con dirección de Rodrigo Pérez, “Jugar con Fuego” de August Strindberg con dirección del sueco Stefan Valdemar Holm y “La Opera de tres centavos” de Bertolt Brecht y Kurt Weil, dirigida por el propio Fernando con coreografías de Andrés Pérez. Además de los estrenos logramos hacer bastante extensión, y en eso Fernando siempre mostró una generosidad asombrosa. Tal vez las únicas dificultades por las que pasamos fueron en torno al uso de nuevas tecnologías, y al abuso por parte mía de la ironía mal utilizada. Nunca hay que olvidar que cuando uno está frente a Fernando el uso del lenguaje es de primer orden, por lo tanto hay que esforzarse doblemente por emplearlo correctamente.

Pasaron unos años, y cuando me tocó iniciar el proyecto del Centro Cultural Matucana 100 quise invitar a un destacado creador del mundo del Teatro a formar parte de los socios fundadores y no se me ocurrió nadie más idóneo que Fernando. Sé que el aceptar debió ser una decisión muy difícil para él, por eso cuando decidió renunciar al directorio, lo entendí plenamente. Sin embargo, su deseo de apoyar este proyecto demostró lo generoso que puede ser un hombre tan íntegro como es un maestro. Durante estos últimos años Fernando ha asistido regularmente a nuestro espacio, muchas veces en condiciones precarias, con frío y en graderías, movido por el interés de apoyar a la gran cantidad de creadores que ha formado. Pero él está ahí entusiasta, recogiendo frutos de las semillas que ha plantado en las últimas tres décadas.

Por todos los momentos vividos, uno agradece haber conocido al nuevo Premio Nacional de Artes de la Representación, un caballero salido de otra época, que con su calidez y tozudez ha logrado enamorar a innumerables generaciones en este oficio tan difícil que es hacer teatro en Chile.

Ernesto Ottone R.
Director Ejecutivo
Centro Cultural Matucana 100
Publicado en el Diario La Nación el 09/09/05